

lo de una carnicería judicial, cuyo relato hace erizar los cabellos, mas era por un motivo digno; de la tortura y la matanza resultó el exterminio de los Jesuitas. ¿Y puede olvidarse esto? Jesús dijo de la hermana de Lázaro: «Se le perdonará mucho porque ha amado mucho.» ¿Por qué no han de decir de nuestro ministro filósofo los diccionarios: «No solo muchas faltas, sino todas ellas le serán perdonadas por lo mucho que ha aborrecido?»

Esto, por supuesto, dicho sea con aplauso de lo que muy de antiguo es uso entre la juventud, cuyos arrebatos no pocas veces hacen caer á tierra la máscara de los autores de diccionarios.

Lo que me extraña..... ¿Pero á qué meterme en estos líos? Estas son querellas domésticas entre los pájaros de cuenta que han hecho diccionarios y otros menos experimentados que los harán.

Los Tavora y los demás acusados permanecieron mudos en medio de los dolores del tormento extraordinario y liberal; pero el infortunado duque de Aveiro rindióse á los tormentos. Siendo un cumplido caballero no tenia, sin embargo, un corazon sufrido. Medio

muerto como estaba, acusó á sus compañeros de prision de todo lo que se quiso, y acusó tambien..... ¡á los Jesuitas!

Cierto que se retractó despues de recobrar el uso de los sentidos, mas Pombal tenia ya su declaracion y no quiso desperdiciarla. Así, rehusó consignar la retractacion.

Los parientes y amigos de Tavora fueron sentenciados á muerte el 12 de Enero de 1759. Temiendo Pombal la indignacion del pueblo, hizo levantar el cadalso de noche y fuera de la ciudad en Belem, haciendo rodear el sitio por dos regimientos mercenarios. La plataforma, alumbrada por antorchas, se elevaba á diez y ocho piés del suelo. De tal modo cercaron los soldados el lugar de la ejecucion y las orillas del rio, que los espectadores hubieron de refugiarse en el rio mismo, surcado por miles de barcas de donde salian multitud de imprecaciones y gemidos.

Así se pasó toda la noche del 13 de Enero.

Al amanecer, viéronse venir los criados del duque de Aveiro, los cuales fueron amarrados á uno de los ángulos del cadalso y quemados vivos.

La marquesa madre, Leonor de Tavora, llegó

despues sola, con una sogá al cuello, un Crucifijo en la mano y vestida con unos harapos que habia desgarrado el tormento. Pombal debia andar por allí cerca, pues en sus *Memorias* refiere *de visu* la horrible y sublime escena. ¿Qué se hacia en tanto la bella Teresa, *la única* que habia merecido toda la tierna compasion de Luis XV y de su ministro Choiseul? Ella fué la que atrajo el rayo sobre la noble casa que la acogiera un dia como hija queridísima, y el rayo le hacia la injuria de perdonarla. Nosotros la compadecemos tambien; pero no compadecemos más que á ella.

¡Cómo no admirar á doña Leonor estrechando el Crucifijo contra su pecho é irguiendo la frente ennoblecida por sus blancos cabellos! Habiendo querido el verdugo atarle los piés, ella le replicó sin cólera: «Hombre, ruégote que no olvides lo que soy; no me toques más que para matarme.» El verdugo cayó de rodillas ante ella; Pombal mismo es quien lo refiere.

Doña Leonor sacó el anillo de su dedo. Era una de aquellas almas que pagan todos los servicios, áun el último.

—Toma, dijo al verdugo presentándoselo,

tu trabajo exige una recompensa, no tengo más que esto, y te lo doy, para que cumplas bien con tu deber.

El verdugo se levantó y cumplió con su deber. Despues de esta sangre generosa, que enrojeció la primera el cadalso, vinieron los otros, el anciano marqués de Tavora, luego el esposo de doña Teresa. ¡Pobre mujer! Y no lo digo en son de burla. ¡Pobre mujer! á quien se perdonaba accediendo á los deseos de M. de Choiseul.

Quedaban todavía los hijos de doña Leonor, el más jóven de los cuales apenas contaba veinte años; su yerno, y algunos dicen que sus hijas; despues la larga fila de servidores de su casa que murieron en el tormento, como cristianos y como bravos portugueses.

El último fué el duque de Aveiro, cuyas piernas flaqueaban hasta el punto de no poder sostener el peso de su cuerpo; atáronle sobre la rueda, y por un estúpido refinamiento de venganza, cubrieron sus espaldas con harapos.

Pombal era *insaciable*. Si en el otro mundo

los ministros de los reyes tienen noticia de los afrentosos paralelos que hacen de ellos los hombres, aquel gran Cardenal que hacía matar en grande, debe mirar á Pombal con amarga sonrisa.

Antes de morir Aveiro vengóse de su enemigo lanzándole terribles denuestos que pudo este fragar descansadamente, porque el infortunado tardó mucho en morir. Durante más de una hora luchó contra la rueda que lentamente desmenuzaba sus huesos, y hasta en el mismo Lisboa oyéronse los clamores de su horrorosa agonía. Pombal, refiere en sus *Memorias* con una cierta satisfacción, que Aveiro era el gran mayordomo hereditario de la casa del rey, presidente del Tribunal de palacio, grande de Portugal de primera clase, etcétera, etc. Fundó la casa de Mascarenhas, Jorge, hijo natural de Juan II, llamado el *Perfecto*.

En seguida pegaron fuego á la máquina, y el cadalso y los cadáveres medio carbonizados se hundieron en el Tajo.

Cierto que los tiempos del oscurantismo presentan pocos ejemplos de una crueldad semejante. La manera como fueron condu-

cidos al cadalso traspasa los límites de lo verosímil; también hubiera podido desearse alguna menos generosa *sans façon* de la que se tuvo en instruir el proceso; por lo demás, la ejecución está por encima de todo elogio; fué completísima, y yo no hablo de ella sino con el respeto debido á las obras maestras.

¿Por qué no dicen nada de esto los diccionarios aprobados? ¿Es que no creen al mismo Pombal, que lo afirma muy de veras?

¿No sería mucho más equitativo endulzar con el relato de este suceso sorprendente la censura amigable, es verdad, que dirigen á Pombal por haberse excedido un poco en el modo de poner por obra las luminosas ideas de su siglo?

En suma; Pombal es un protegido que compromete. Así que el Sanhedrin de la Enciclopedia, esta madre de diccionarios, lo hubiera rechazado decididamente si no hubiera enmendado su matanza de nobles con su hecatombe de Jesuitas. Dichosamente para él la sangre lavó la sangre.

Después de lo dicho poco importa saber que el gran marqués retuvo prisioneros á todos los

amigos y parientes de los ajusticiados que no sufrieron su suerte, que hizo arrasar sus hoteles y palacios, y que por orden suya se *sembraron de sal* los sitios en que estuvieron edificados. Las armas de los Tavora y sus pretendidos cómplices fueron borradas de la sala de los caballeros en el castillo de Cintra, y sus escudos aún están cubiertos con un velo negro, como el retrato de Faliero en el palacio ducal de Venecia.

Esto último es muy digno de notarse, tanto más cuanto que la inicua sentencia de 12 de Enero de 1759 carece de vigor y fuerza hace muchos años. En efecto, Pombal vivió lo bastante para sentir en este mundo el peso de la justicia de Dios. Aún vivía, y todas sus víctimas fueron rehabilitadas por real decreto, dado solemnemente el 7 de Abril de 1781. Por este mismo decreto caía él en desgracia.

Pero la época de que hablamos dista mucho de aquella justicia tardía é insuficiente para la cual fué preciso esperar la muerte de José, que nunca osó sacudir el yugo de su tirano. Solo en esto puede asemejarse de lejos Pombal á Richelieu: su rey fué su esclavo.

Arruinado que hubo á muchos de sus adver-

sarios, el gran marqués erigió un monumento digno de él; era una magnífica picota que por privilegio especial estaba reservada exclusivamente á los miembros de la alta nobleza.

A los que al llegar aquí creyeran colmada ya la medida de su venganza, les responderemos que se engañan. La venganza de Pombal debia ir más lejos que todo esto; el hecho merece ser contado.

Mucho despues, en su vejez implacable, aprovechó el último destello de su crédito político que espiraba, para casar por fuerza á su hijo, el conde de Oeiras, con una nieta de aquella gran Leonor, marquesa madre de Tavora. Hechos como este ¿no recuerdan aquellas bodas de los tiempos fabulosos de donde salió la tragedia antigua? Pero los designios de Dios se cumplen siempre á despecho de toda lógica humana. De este horrible himeneo nació una apacible dicha. Esta mezcla de la sangre de los perseguidores con la de sus víctimas, que debia haber sido estéril ó producir funestos resultados, alcanzó una próspera fecundidad.

Brotó la reconciliacion de la violencia suprema y de las trágicas convulsiones que agi-

taron á dos razas que se odiaban con encono, no quedó otra cosa sino la honra inmaculada de una familia numerosa tiernamente unida por el amor.

Quisiéramos haber concluido con el marqués de Pombal; pero de los dos objetos de su odio, aún no se habia vengado más que del primero; la nobleza; el otro, el principal, vivia tranquilo hasta entonces. Pudiera decirse que la matanza de nobles sirvióle ante todo para llegar al corazon de su verdadero enemigo; la Compañía de Jesús.

Compréndense, pues, los feroces trasportes de su alegría cuando el exceso del sufrimiento arrancó al desventurado duque de Aveiro su acusacion contra los Padres. Era un gran golpe, y aquel dia, como dijo, le dieron ganada toda la partida. Apenas habló el duque, y era la hora en que vuelto en sí suplicaba en vano que se le admitiera la retractacion, cuando Pombal, con la misma pluma que iba á razonar el célebre decreto, firmó la orden mandando encarcelar á diez Jesuitas, entre los cuales se encontraban el Provincial de Portugal Enriquez; los Padres Malagrida, director espiritual de la marquesa Leonor, Oliveira,

confesor de la duquesa de Braganza, Suarez, Mattos, y el propio José Moreira, no obstante su dignidad de confesor del rey.

En cuanto al Padre Costa, que fué el primero en sufrir el tormento por la secreta esperanza que abrigaba Pombal de que le arrancaria algun indicio que pudiera comprometer al príncipe D. Pedro, de quien era confesor, hacia ya bastantes dias que estaba en prision.

Malagrida, como confesor de la marquesa Leonor; Mattos, como amigo de Ribeira y de Atonguía; el Padre Juan Alejandro, por haber venido de las Indias en el mismo buque que la familia Tavora, todos tres fueron condenados á muerte por el decreto de 12 de Enero; pero no sufrieron su pena cuando los asesinatos de Belem. Pombal retrocedia para saltar mejor, como lo hizo despues del atentado contra la persona del rey. El tigre se preparaba alzándose sobre sus patas.

El salto del tigre, el segundo y el más espantoso, tuvo lugar (siempre en la sombra) la noche víspera del 16 de Febrero. Todas las casas de la Compañía en Portugal, así colegios como residencias, fueron cercadas á la misma hora, y de esta suerte á la mañana si-

guiente despertaron prisioneros todos los Jesuitas del reino.

En monton eran todos é indistintamente acusados de ser cómplices en el complot regicida, y para dar una idea de la esclavitud en que vivia el desventurado rey, baste saber que ni José ni su esposa pudieron *conseguir permiso* para ver al Padre Moreira, al que profesaban ambos entrañable cariño.

Además de la acusacion general hacíanse cargos á la mayor parte de los Padres, por haber sido los consejeros privados y amigos de los conjurados, por haber fomentado su animadversion, excitado sus ódios, ya en el tribunal de la penitencia, ya en conversaciones privadas.

A esta tan vaga afirmacion dábale un fundamento más vago todavía. El origen de todo era *una visita* que hizo el duque de Aveiro al colegio de San Antonio; una sola visita, cuya esplicacion era el deber de cortesía en el duque de asistir á un ejercicio escolar en que terciaba defendiendo una tesis filosófica, cierto jóven pariente suyo y heredero de una casa ilustre. Evidentemente Pombal no se tomaba el trabajo de cubrir las apariencias, toda vez

que por un pretexto tan fútil fueron incluidos tres Padres en la sentencia de muerte comun á Aveiro, á los Tavora y á tantos otros.

Entre estos Padres condenados hallábase el legendario Gabriel de Malagrida, cuyo martirio referiremos más adelante.

Ningun Jesuita subió al cadalso de la plaza de Belem, y hasta el 28 de Junio no lanzó el ministro contra ellos el decreto de proscripcion general. Llevaban ya entonces algunos meses de estar hacinados en las cárceles antiguas y nuevas, sometidos á los tratamientos más indignos. El «matador de los Padres,» como hacia tiempo se le llamaba en el Uruguay, merecia de sobra este título; las persecuciones dirigidas por él contra la Compañía en la América meridional, donde muchos Sacerdotes profesos y bastantes novicios y hermanos, sin contar á una muchedumbre de conversos indígenas, que unidos á la familia de Jesús habian regado con su sangre los campos del Nuevo Mundo, fertilizados por su trabajo, y donde los brutales atropellos de los agentes portugueses hicieron estériles tantas fuentes de produccion y de riqueza, puede decirse que no eran más que tímidos ensayos;

y tantos asesinatos aislados, una pálida imitación del gran drama de sangre y de luto que iba á representarse en la madre pátria.

Regocijábase Pombal con los destrozos que hacia; enloqueciale su crueldad; veia sangre en todas partes, y una apoplegia de horrores trastornaba su cabeza. Otros antes que él y desde muy antiguo se sirvieron de las cárceles como de instrumentos de muerte; pero él perfeccionó de tal suerte este suplicio espantoso é infame, que solo ochocientos salieron vivos, aunque flacos y estenuados, de aquellos calabozos que habian devorado cerca de *diez mil víctimas* (1).

Los historiadores han reproducido varias cartas de estos cautivos, más dignos de compasion que los muertos vivos de los Plomos de Venecia. No todos eran Jesuitas; pero hay una carta de un Jesuita que ha alcanzado gran celebridad por la admirable mansedumbre con que se expresa en medio de tormentos nunca oidos. Fírmala el Padre Lorenzo Kaulen, que añade á su nombre este calificativo:

(1) Nueve mil seiscientos cuarenta; cifra oficial cuando se hizo la revision del proceso por mandato de la reina María.

*cautivo de Jesucristo*. Está escrita en la prision del fuerte de San Julian de Lisboa, el 12 de Octubre de 1766. Siete años hacia que este inocente, ó mejor dicho, este Santo, vivia entre cadenas, sin haber exhalado nunca una queja ni derramado una lágrima, sino orando noche y dia por su verdugo, que tanto habia menester de la misericordia infinita del Señor; don Sebastian de Carvalho, marqués de Pombal...

¿Pero cómo queréis que Pombal y sus amigos crean semejantes cosas? ¿En conciencia podeis quererlo? Este perdon otorgado en medio de la tortura, no es verosímil, y yo mismo me temo que no haya alguna malicia en la provocadora alegría que experimento al hacerme pasar por hipócrita, exaltando, como lo hago, ¡tan evidentes hipocresías!

¡Jesuitas! ¡Jesuitas! ¡Jesuitas! ¡Asesinos que nunca asesináis y siempre sois asesinados! Soberbios que besáis la tierra; ambiciosos, que haceis voto de no admitir ni puestos ni honores; calumniadores, que arrostráis la calumnia; que la apuráis sin desmentirla, y que devolveis el beneficio por la injuria; Jesuitas increíbles, Jesuitas imposibles, herederos de la infamia divina, yo no os acábo de enten-

der, porque es preciso ser un Santo para penetrar en el fondo de vuestras conciencias, pero os entiendo lo bastante para admiraros con pasion y para experimentar un entusiasmo, culpable quizá, en pregonarlo tan alto como puede resonar mi voz.

No os pregunto vuestro famoso secreto, creo saberlo; mi Crucifijo me lo ha dicho; pero os conjuro, Jesuitas, ¡oh, Jesuitas! aborrecidos por todos los escritores que se ensorberbecen y tiernamente queridos por mí que procuro humillarme (¡ay, no sin trabajo!), confiadme á mí solo, aquí, muy bajo, al oido, que á nadie se lo repetiré; decidme, asesinos de los reyes que os protegen y que os aman, ¡cómo fué que no hicisteis clavar diez, veinte, ciento, mil, y diez mil de vuestros históricos puñales en el pecho de ese Pombal!

¿Fué acaso por prolongar vuestro incurable disimulo?

¿Es para engañar mejor al mundo, truhanes de rara especie, por lo que matais á vuestros amigos y dejais con vida á vuestros enemigos?...

Pombal vivió ochenta y dos años. ¿Mientras que disparábais esos pistoletazos contra el

pobre rey José vuestro penitente, dabais á Pombal subrepticamente, traidoramente, jesuiticamente, un elixir para prolongar su vida?

Confieso haber experimentado un sentimiento de impaciencia y áun de rabia al leer la bellissima carta del Padre Lorenzo Kaulen, en quien no habian sido poderosos siete años de horrible cautiverio á despertar el menor sentimiento de ódio, sino todo lo contrario. Hubiera debido arrodillarme delante de la grandeza sobrehumana de esa alma, yo que creo de veras, yo que lloro por la orgullosa satisfaccion que experimento al creer, y de la compasion que me inspiran los que en nada creen. Hubiera debido hacerlo, y no digo que lo hubiera hecho.

Pero á través de mi admiracion de cristiano abrióse paso el sentimiento de hombre, y me pregunto si tiene derecho el heroismo de los mártires para alentar así la infamia de los perseguidores.

¿Es menester que sea tanta la milagrosa caridad del santo que llegue hasta fomentar la audacia del impío?

Hay ocasiones en que me sorprende pen-



sar que los Jesuitas no resistieron lo bastante al marqués de Pombal, que se condujeron con mucha condescendencia, que la misma Iglesia estuvo condescendiente, así con respecto á este hombre, como respecto de Choiseul, su imitador, no tan atrevido, y todos los otros micos sanguinarios que siguieron sus huellas de destruccion y de muerte.

Sublime condescendencia, ha dicho un escritor eminente; mas por lo que á mí toca, ignoro si puede haber condescendencias sublimes.

La carta del Padre Lorenzo de Kaulen fué insertada en el *Diario de literatura y de artes*, que publicó el protestante Cristobal Murr. En la Europa entera produjo un efecto doloroso y no tardó mucho en seguirle la caída de Pombal. Estaba escrita desde el fondo «de un calabozo subterráneo, oscuro é infecto, en donde se rezumaba el agua, pudriendo los vestidos; dejaban á los prisioneros casi desnudos, y el carcelero, que los trataba con dureza extrema, no proponiéndose otra cosa que hacerles sufrir;» cuando los tenia estenuados á fuerza de padecer, «ofreciales la libertad y toda suerte de buenos tratamientos, bajo condicion de que

*abjurasen del instituto...*» ¿Necesitamos decir que no hubo ni uno que abjurara?

En esta prision de San Julian, donde faltaba todo; socorro á los que agonizaban, y hasta el consuelo de la Eucaristía, el aire y los vestidos; y donde se tasaba el pan, justamente para impedir la muerte de los que padecian; en sus horribles calabozos donde se escatimaba todo, escepto la crueldad, estaban encerrados: «Veintisiete Padres de la Provincia de Goa, uno de la de Malabar: diez de la de Portugal, nueve del Brasil, veintitres del Marañon, diez del Japon, doce de la provincia de China;» total, ochenta y dos. «Entre estos, habia un italiano, trece alemanes, tres chinos, cincuenta y cuatro portugueses, dos españoles y tres franceses.» Los franceses fueron reclamados, entiéndase bien, no por el Gobierno de Choiseul, sino por la reina María en persona.

De los ochenta y dos, murieron treinta y siete Padres en la misma prision. En los calabozos de Azeitao, de setenta y tres perecieron treinta y uno, víctimas de los sufrimientos. *El Matador de los Padres* se hacia digno de su nombre, así en Europa como en el Nuevo Mundo.

En la interminable lista de los mártires encuéntranse tres primos de Pombal, Cristóbal y Juan Carvalho, muertos en los calabozos de Azeitao, y Joaquin Carvalho, muerto en la prision de Almeida. Hay además un Alburquerque, cuatro de apellido Costa, un Cunha, un Fonseca y un Castro. La lista de ellos, muy incompleta, está en el Diario protestante de Murr (1).

Si se juntan á estos los que perecieron en el mar, en la sentina de los buques y en otras prisiones, pasan de setecientos, cifra señalada por el Padre Oliveira en su Memoria á la reina María (2).

Otros Jesuitas, despues del decreto de proscripcion, en mayor número aún, habian sido hacinados en buques mercantes sin provisiones, para dejarlos en la costa de Italia. Calcúlense en más de dos mil los Padres expulsados de esta manera, tanto de Portugal como del Brasil y otras colonias portuguesas; y esto se hizo porque no cabian en las cárceles: las cárceles estaban completamente llenas.

(1) Año de 1780.

(2) Diario de Murr, t. X, p. 149.

Entre los que quedaron cautivos hallábase el Padre Moreira; dicese que la reina, espòsa de José II, se humilló hasta suplicar, con lágrimas en los ojos, en favor del infortunado amigo, que durante tanto tiempo habia dirigido su conciencia; pero el dueño absoluto era Pombal.

El Papa Clemente XIII protestó; Pombal le amenazó con un cisma, y el Papa se calló. En prueba de agradecimiento por su silencio, Pombal despidió solemnemente á su embajador, y confiscó los bienes á los Jesuitas (1761).

Hay *escritores de imaginacion*, que refiriendo esta lúgubre historia, han hecho de Pombal la víctima y de los Jesuitas los verdugos. Cuando se trata de ellos, no hay audacia que tema la mentira. Pero lo cierto es, que lejos de herir, ni siquiera se cuidaron de parar los golpes. Solo la Santa Sede puede decirse que defendió en Portugal á los Jesuitas combatiendo por ellos paternalmente, si bien con debilidad.

En cuanto á ellos, no emplearon su fuerza más que para morir.

La más ilustre entre las víctimas del *Mu-  
tador de los Padres*, fué Gabriel de Malagrida,  
á quien Pombal, por un exceso de ironía, y  
no obstante el liberalismo de ideas que pro-  
fesaba, quiso, para emplear su estilo, «entre-  
garlo á las hogueras de la Inquisición,» y en  
efecto, murió en las llamas el 21 de Setiembre  
de 1761 en la plaza de los *Autos de fé* de Lis-  
boa. A él se referia Voltaire cuando dijo en su  
*Siglo de Luis XV* (1) con afectada indigna-  
cion «El culpable no fué quemado más que  
por haber sido un loco;» lo cual era una ca-  
lumnia deslizada bajo la máscara de la com-  
pasion. Malagrida era tan loco como Fran-  
cisco Javier. Verdad es que Voltaire habia di-  
cho algunas líneas antes, para caracterizar  
la conducta de Pombal en esta infame aven-  
tura: «Al exceso de lo ridículo y lo absurdo,  
juntóse el exceso del horror (2);» mas podía  
censurar al verdugo sin insultar al mártir.

Este loco era uno de los misioneros más  
gloriosos que ha producido Portugal. Tenia  
setenta y tres años, y habia pasado cuarenta

(1) Tomo XXII de las *Obras*, p. 35.

(2) *Ibid.*

conquistando almas para Dios en los países  
salvajes. En el reinado de Juan V respondió  
á los cortesanos de este príncipe que le pre-  
guntaban con qué derecho *turbaba la paz* de  
los pobres indios predicándoles la Religión:  
«Con el derecho que me ha dado Jesús mu-  
riendo por ellos.»

Quizá parezca extraño ver á estos cortesa-  
nos de Juan V produciéndose como discípu-  
los aprovechados de Raynal; mas téngase en  
cuenta que los cortesanos fueron siempre filó-  
sofos, por la misma razon que los filósofos fue-  
ron siempre cortesanos. Esclavos de su egois-  
mo, los cortesanos de todos los tiempos, han  
despreciado como á locos á los que se acor-  
daban del prójimo, no para negociar en inte-  
rés propio, sino para trabajar en obsequio  
suyo.

Y en efecto, la excusa del interés es indis-  
pensable para preocuparse de alguien; este  
principio se ha trasformado en regla de con-  
ducta. Fuera del interés, para esta sabiduría  
pagana todo es excesivo, inmoral y atentorio  
á la noción filosófica de libertad que da á cada  
hombre derecho absoluto sobre sí mismo, y  
nada más, y que encastillada tras el utilita-

rismo, acusa de extravagancia á la idea superior de caridad.

¡Para estos, como para los *espíritus prácticos* de nuestra ingeniosa época, Malagrida era un loco. ¡Pluguiera á Dios darnos esta locura! ¡Y quiera librarnos de la soberbia razon de aquellos matemáticos que saben calcular algebráicamente el espesor de un cabello, la distancia que separa del sol sus anteojos, y que no aciertan, en cambio, á resolver la infantil ecuacion de algunas tristes horas de nuestra vida, comparadas con la eternidad!

Desde su juventud Malagrida habia sido uno de estos locos. Aventurero de la fé, lanzóse á los países á donde otros van á buscar la fortuna, para alcanzar la pobreza, y en aquella atmósfera embriagadora de unas comarcas donde abunda el oro, él no ganó más que en amor á sus semejantes.

¡Cuarenta años! ¿Son muchos los que afanosos de riquezas se obstinan durante cuarenta años en explorar la tierra? Él habia atesorado millares de almas, y la sed de su codicia sublime no estaba, sin embargo, saciada; habia sufrido todo lo que puede sufrir una cria-

tura humana: predicándoles se habia introducido en lo más espeso de los bosques.

Los salvajes le habian atado al potro de la tortura, y cien veces habia entonado con engañadora ilusion el cántico de su muerte.

Como Francisco Javier, habia hecho milagros, habia convertido países enteros, y el olor de su santidad habia atravesado los mares. Eran tantas las heridas que cubrian su cuerpo, que los verdugos encargados de desnudarlo en la hora de su último suplioio, renunciaron á contar las innumerables cicatrices del soldado de Cristo.... ¡Y bien! Tuvimos antes escrúpulo en asentir á lo dicho por Voltaire, pero Voltaire lleva razon; este Santo era un loco. No habrá un solo espíritu práctico que lo niegue.

En 1749 fué llamado de las misiones de América por sus superiores para asistir á Juan V en su última hora. Pombal, que á la sazón era un ambicioso sin éxito, enflaquecido por la sed de mando no satisfecha, encongeríase sin duda de hombros al saber la ocurrencia del viejo rey que hizo llamar de tan lejos al loco. Dícese, que celoso del loco, nació allí su ódio implacable. ¿Hubiera podido, sin

embargo, reemplazar al loco junto al lecho del moribundo?

El Papa Benedicto XIV exclamó hablando del difunto rey Juan y de su loco: «¡Dichoso él, que la mano de un apóstol ha podido servirle de apoyo en su último paso!»

Malagrida tornó al desierto en el momento que la subida al trono de José Manuel llamaba á Pombal al poder.

Hacia ya algun tiempo que Pombal era ministro, cuando la viuda de Juan V manifestó tambien el deseo de morir en brazos del loco. José fué quien dió la orden de llamar al Padre Malagrida; Pombal tuvo miedo, porque habia comenzado en las colonias su guerra contra los Jesuitas, y el apóstol traeria nuevas temerosas sobre su conducta; así, pretendió oponerse á su vuelta, pero fracasó su intento y juró en su despecho la perdicion del santo anciano.

Es una circunstancia consignada por varios historiadores que diferentes veces, cuando su celo intrépido ponía á dos dedos de la muerte al Padre Gabriel de Malagrida, él, que hablaba de estas cosas con la seguridad de un profeta, dijo: «Dios me prometió que no moriria á

manos de los infieles; *he de tener la suprema dicha de la suprema ignominia*; moriré en un pueblo cristiano, rodeado de cristianos, que han de aplaudir mi suplicio.»

Esta profecía llegó á oídos de Pombal. Un dia que se solazaban juntos él y su hermano Pablo Mendoza Carvalho, díjole riendo: «El reverendo Padre tendrá lo que desea.» Y dió principio á esa conspiracion tenebrosa que parece la obra maestra de un demonio, con un esfuerzo largo, paciente, verdaderamente infernal, gracias al que un Santo, reputado como tal en toda la Cristiandad, defensor por excelencia y propagador heróico de la fé, honrado en vida por la veneracion de la Cabeza de la Iglesia, y favorecido como pocos con los dones más estimables del cielo, debia trasformarse en una criatura despreciable, corrompida, hasta un punto vergonzoso, indigna de ligar y desligar las almas, en un hereje, en un regicida, en un impostor, en un juguete vil é impuro de los brutales apetitos y de las nécias alucinaciones que sugiere el espíritu de las tinieblas.

Lo repito, esta fué la obra maestra de un demonio. Esta fué la obra maestra de Pombal.

Contra toda apariencia de buen sentido, Malagrida fué complicado desde luego en el proceso de los Tavora. Era el pretexto para cerrar sobre él la puerta de un calabozo.

Una vez prisionero, poco importan los detalles de las crueldades abominables que ejecutaron con su persona á veinte piés bajo de tierra. Durante dos años el infortunado anciano fué la propiedad, la cosa de Pombal, más diestro que los judíos en achaques de tormento.

¿Perdió la razon bajo el peso atroz de los tormentos? ¿Representóse acaso en medio de la noche que le rodeaba, semejante á la del infierno, una comedia de apariciones, fantasmas y voces diabólicas que hablaban desde el fondo del abismo? ¿Hiciéronsele oír aquellos odiosos llamamientos, llamamientos inhumanos que despertaban al cautivo, consolado un instante por la naturaleza, y cuyo horrible secreto dícese hallado por el guardian del hijo de Luis XVI en el Temple?—En una palabra, ¿enloqueció su espíritu, grande y elevado, abierto siempre á las inspiraciones de Dios? ¿Y permitió Dios para su mayor gloria los repugnantes excesos de esta persecucion, en modo

que herido por la locura su siervo, escribiese él, que moria en completa oscuridad, escribiese usando sus dedos paralíticos, y sin pluma, sin papel, sin tinta, dos gruesos volúmenes que desmienten su fé, su vida, su muerte, todo él!

Imposible es creerlo.

¿Y dónde están esos libros? El *Reinado del Antecristo* y la *Vida de la bienaventurada Santa Ana dictada por Jesús y su Santa Madre*. Nadie los ha visto jamás.

Conócense los títulos y algunos trozos sobremanera extravagantes.

¿No veis aquí la mano de Pombal? ¿Qué es más razonable en conciencia, creer en dos volúmenes de blasfemias, obra de un santo y que no existen, ó creer en unos trozos fabricados por el fabricante de tantas ignominias y que llevó su audacia una vez hasta á fabricar un Breve falso de Clemente XIII?

Por lo demás, los trozos están hechos de mano maestra. Era menester que escribiese con algun talento para poderle comparar con el Cardenal de Richelieu, fundador de la Academia francesa. No se concibe nada superior en idiotismo é inmoralidad. Los unos creye-